

Una batalla cuesta arriba 25 de febrero de 2013 Robert VerEecke

Cuando las contradicciones de inmigración nos alcanzan en casa

Heartbreak Hill (La colina *Rompecorazones*) es un tramo famosamente difícil del maratón de Boston, como cualquiera ha corrido la carrera, o la ha visto, le puede decir. Justo al otro lado de esta larga subida a través de Chestnut Hill, Massachusetts, encuentra St. Ignatius Church, donde he sido párroco durante casi 25 años. El edificio se encuentra en la periferia del campus de Boston College y atrae feligreses de toda el área metropolitana.

Uno de estos feligreses es un hombre al que llamaré Jay. No es sólo un miembro de nuestra comunidad Latina pero una fuerza energizante en la parroquia. Jay ha sido un activo participante en el coro que canta para nuestra Misa en Español durante los últimos años. Él toca el bajo y nunca se pierde un domingo. Pero eso cambió el otoño pasado.

Un día me di cuenta de que Jay no estaba jugando con nosotros en la liturgia. Extrañamos muchísimo su presencia, no sólo por su forma de tocar, sino por su consideración. Por ejemplo, siempre llegaba temprano a la iglesia para preparar las cosas. Me preguntaba por qué él no estaba ese domingo en particular. También me preguntaba por qué su esposa no había venido con su hijos, el recién nacido y su otro pequeño. Más tarde en la semana recibí la noticia de que Jay enfrentaba la deportación. Había sido detenido por una violación menor de tránsito y su condición de indocumentado había salido a la luz. Inmediatamente fue detenido y encarcelado. Un error en el juicio que podría haber resultado en una multa o una advertencia para la mayoría de nosotros había traído a Jay una sentencia que le cambiaría la vida.

Además de ser un fiel feligrés y músico en St Ignatius, así como un amoroso esposo y padre, Jay es también un excelente mecánico, con su propio garaje. Él tuvo compasión de mí una vez cuando vio qué tan dañado traía mi carro y lo reparó todo cobrándome casi nada. Jay y su familia habían logrado crear una vida de significancia aquí en los Estados Unidos, a pesar de su condición de indocumentado.

Como tantos de nuestros hermanos y hermanas latinos, se había convertido en un contribuyente a la economía local, la vida de la comunidad y la iglesia. Pero porque es ilegal — o más propiamente, no tiene documentos — no tiene chance. Nuestro desconcertante y complejo sistema de inmigración en la actualidad le no ofrece ningún camino a la ciudadanía ni modo de salir de su estatus ilegal. Nunca me di cuenta de que Jay era una de las muchas personas que cargan con el peso de ser etiquetado como "indocumentados". No es que hubiera hecho diferencia, el único documento que me importaba como su párroco era el que recibí en su bautismo. Jay era simplemente un hermano en Cristo. Esa era toda la documentación que necesitaba.

St Ignatius es una de esas parroquias muy dinámicas con liturgias hermosas, una predicación excelente y muchos y diversos programas de desarrollo espiritual, la formación en la fe y alcance social. Cuando me convertí en párroco de St. Ignatius -una parroquia su mayoría de familias de clase media y alta con más licenciaturas y postgrados que usted puede contar- nunca imaginé que un día yo también sería el párroco de feligreses predominantemente hablan español, con pocos teniendo las ventajas económicas o educativas de nuestros feligreses de habla inglesa.

En su mayor parte, el encuentro de estas dos comunidades ha ampliado nuestra perspectiva sobre la iglesia. Y el creciente número de feligreses Latinos seguramente refleja los cambios demográficos de la iglesia de Estados Unidos en general, donde el 40 por ciento de todos los católicos y la mitad de los menores de 25, son hispanoparlantes. Sus costumbres, idioma, música y estilo de adoración han enriquecido enormemente a la comunidad parroquial. Ya sea a través de la celebración bilingüe de nuestra Señora de Guadalupe, con mariachis y todo, o los rituales que acompañan El Día de los Muertos, las expresiones de fe de nuestros feligreses latinos nos retan al resto de nosotros a ver y experimentar el cuerpo de Cristo de una manera más multicultural.

Pero entonces se rompe el corazón (llega el *Heartbreak*). Lo que para mí comenzó como la alegría de celebrar liturgias coloridas y efusivas en Español (y confieso el bienvenido descanso de los, a menudo, más sombríos rituales y oraciones aparentemente ininteligibles de la nueva versión en inglés) ahora me ha llevado al dolor desgarrador de ver la vida, los medios de subsistencia y familias de gente muy buena desgarrada por nuestra política de inmigración actual. Lo que pasó con Jay y su familia durante los últimos días no es algo aislado. Le está pasando a otros en comunidades de fe en todo el país y podría suceder otra vez en la nuestra.

Algo ha comenzado a cambiar en nosotros como comunidad parroquial. Siempre hemos tenido programas de apoyo a la comunidad impresionantes. Servimos a las personas sin hogar, a los hambrientos, a los refugiados y muchos otros en necesidad. Tenemos una parroquia hermana en West Kingston, Jamaica, donde estamos construyendo un parque infantil en loe antes era un barrio devastado. Todas estas son maravillosas obras de caridad. Pero ahora, teniendo en cuenta las duras y castigadoras realidades que nuestros hermanos y hermanas latinos enfrentan, los gritos por justicia y compasión vienen desde dentro, de familias que no son sólo nuestros distantes beneficiarios sino que pertenecen al corazón de nuestra comunidad parroquial.

Aunque mi corazón sólo quiere estar agradecido por tantos dones que recibo como pastor de una parroquia maravillosa, también se rompe por uno de mis "hermanos más pequeños" cuya vida nunca será la misma y cuya familia estuvo sin él durante la temporada navideña. Después de permanecer detenido en un centro de detención local, Jay fue deportado a Guatemala. Sus hijos, que son todos ciudadanos estadounidenses, le siguieron poco después. Su esposa permanece en los Estados Unidos, por ahora, tratando de poner los asuntos de la familia en orden antes de viajar para estar con su familia en Guatemala.

Al reflexionar en el evangelio del el último domingo del año litúrgico, no pude dejar de leer su mensaje como uno de "la verdad dicha al poder". No puedo sino pensar en mis hermanos y hermanas Latinos que están tratando de decir la verdad de sus vidas a los poderes que corresponde. Como Jesús que cargó con su cruz hasta la cima del Gólgota, Jay y muchos de nuestros hermanos y hermanas indocumentados cargan la suya subiendo su propia Heartbreak Hill (colina Rompecorazones) .

Robert VerEecke, S.J., es pastor y director de educación religiosa en St. Ignatius Church,